

EL NOBEL DE LA PAZ EN EL QUINTO CENTENARIO

Adalberto Santana
CCYDEL, UNAM

*Es la hija, la nieta de los mayas.
Es la que nació bajo el cielo azul.
Es la memoria del Chimel.
Es para ti hermosa mujer de mi tierra.*

Rigoberta Menchú, «Es ella»

En el escenario de la literatura testimonial latinoamericana y mundial alcanzó un lugar relevante la obra que ganó el premio Casa de las Américas 1983 de la escritora venezolana Elizabeth Burgos. En ese texto de testimonios se recogen diversos pasajes sobre la vida y lucha de la joven indígena guatemalteca Rigoberta Menchú*. Hoy nuevamente la vida y la obra de esa joven mujer alcanza un relieve inusitado. En Oslo se anuncia que resultó ganadora del Premio Nobel de la Paz 1992.

Una breve semblanza de esta Rigoberta Menchú nos

* El libro al que hacemos referencia es el de Elizabeth Burgos Debray, **Me llamo Rigoberta Menchú y así me nació la conciencia**, La Habana, Casa de las Américas, 1983.

muestra la vida de una indígena guatemalteca que nació hace 33 años en el pequeño poblado de Chimel, oriunda del municipio de San Miguel Uspantán, en el departamento de El Quiché, Guatemala. La biografía de la recién galardonada es representativa de la vida de tantos hombres y mujeres de los sectores marginados de América Latina. Desde muy joven (ya que en Guatemala siendo indígena y campesina se abandona la niñez a una corta edad) trabajó con su familia en las cosechas del café, algodón y caña de azúcar en las fincas de la costa sur guatemalteca. Más tarde como muchas jóvenes mujeres indígenas latinoamericanas, emigró a la capital del país para emplearse como trabajadora doméstica. Desde los 10 años de edad Rigoberta inició su participación en actividades de organización comunal y de catequismo. El castellano lo comenzó a dominar apenas a los veinte años. Sus padres, Vicente Menchú y Juana Tum, eran ambos dirigentes cristianos de las comunidades indígenas quichés, afiliados al Comité de Unidad Campesina.

El 31 de enero de 1980 el padre de Rigoberta murió asesinado junto con más de treinta personas, cuando la policía tomó por asalto e incendió la Embajada de España en la capital guatemalteca. La representación diplomática había sido ocupada pacíficamente por un contingente de campesinos, sindicalistas y estudiantes en protesta por la permanente violación de los derechos humanos por parte del gobierno guatemalteco encabezado por el general Romeo Lucas García. Meses más tarde, la madre y varios de los hermanos de Rigoberta Menchú fueron asesinados a su vez como producto de la ola represiva desatada contra los sectores opositores al régimen. Era el año 1981, momento en el que la estrategia contrainsurgente de las fuerzas armadas guatemaltecas generaba una masiva corriente de refugiados guatemaltecos hacia territorio mexicano, huyendo de la devastación y la masacre de las comunidades rurales indígenas. Como parte de ese éxodo, Rigoberta Menchú va al exilio para convertirse en su voz y testimonio. Ella misma ha señalado:

En primer lugar yo salí de Guatemala como resultado de la represión, como resultado de la violencia

causada por la crisis que vive ese país. Esta violencia, esta crisis, esta represión, son las que me incitaron a defender los derechos humanos.

Así, durante más de diez años, Rigoberta trabajó afanosamente en diversos foros internacionales por lograr que en su patria y en el mundo entero les fuera restituida la dignidad humana a los pueblos indígenas. En ese mismo sentido, y en virtud de la misma causa, la heredera de las mejores tradiciones de las luchas indígenas de nuestra América ha manifestado:

Ha sido una gran necesidad sensibilizar a los pueblos del mundo, sensibilizar a partidos políticos, a gobiernos, para que entiendan la dimensión de las desigualdades que existen entre nuestros pueblos, especialmente en los países donde se cometen violaciones, y donde se reprimen los derechos humanos. Para que asuman su papel es necesario comprometer cada vez más la responsabilidad de las naciones en el campo internacional hacia nuestros intereses. Los objetivos principales del trabajo son lograr eco a nuestros esfuerzos, nuestra lucha, nuestra contribución como pueblos indios, pueblos indios a la búsqueda de la paz, y la solución a los problemas de injusticia social, a los problemas de falta de participación de los pueblos indios en la decisión de su destino en nuestros propios países.

Diversos sectores de opinión apoyaron y se sumaron a la postulación de Rigoberta Menchú Tum como candidata al Premio Nobel de la Paz 1992. La iniciativa fue aceptada y respaldada ampliamente en el mundo entero, contando con el apoyo de personalidades tan destacadas como la del también galardonado con el Premio Nobel de la Paz, Adolfo Pérez Esquivel, el senador demócrata estadounidense Edward Kennedy, el gran maestro guatemalteco recientemente fallecido, Luis Cardoza y Aragón, el jurista mexicano Jorge Carpizo, presidente de la Comisión Nacional de Derechos Humanos, el poeta uruguayo Mario Benedetti, el filósofo italiano Norberto Bobbio y la primera ministra de Noruega, Gro Harlem Brundtland.

Es evidente que el otorgamiento del Premio Nobel a Rigoberta significa un reconocimiento a su gran labor en pro de los derechos humanos y la democratización de Guatemala. Pero indudablemente para la designación del Nobel de la Paz 1992 gravitaron elementos que trascienden el elemento local de la figura de Rigoberta, ya que se destaca en la persona de la indígena quiché la universalidad de sus reivindicaciones, que no son otras que las de todos aquellos que desde hace 500 años han vivido marginados de la historia. Afirma la propia Rigoberta que

... a lo largo de la historia, los indígenas hemos estado al margen de las decisiones políticas, económicas y sociales de nuestros países. Indudablemente con derechos históricos y como antiguos dueños de este Continente, tenemos el pleno derecho de participar en las decisiones de nuestro destino.

Este hondo significado habría que ponderarlo en la significación de lo que expresa la figura de Rigoberta Menchú al calor de la conmemoración del Quinto Centenario (en su verdadero sentido de traer a la memoria, y no sin cierto dejo de culpa), de la destrucción de las civilizaciones nativas que Occidente emprendió deliberadamente a partir del brutal «descubrimiento» del Nuevo Mundo.

Es evidente que en la entrega del Premio Nobel de la Paz a Rigoberta Menchú existen también impugnaciones y silencios condenatorios. Pero sin duda el regocijo y la fuerza que brinda este justo reconocimiento a una mujer, a una indígena, a una latinoamericana, es el mejor tributo a la esperanza para la verdadera construcción de un mundo de justicia y paz. Sobre todo para aquellos que por más de 500 años han vivido en la marginación y la resistencia.

En: **CUADERNOS AMERICANOS**, Nueva Epoca, Año VI, Vol. 6. # 36. Noviembre-diciembre, 1992. México: Universidad Autónoma de México, 1992.

